

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE ALUMNOS, RUBÉN DARÍO GÓMEZ ARNAIZ, EN LA APERTURA DEL CURSO 1996-1997, EL 26 DE AGOSTO DE 1996

Querido maestro don Miguel Ángel Hernández Romo, rector de la Escuela Libre de Derecho; señores miembros de la Junta Directiva, señor abogado don Pedro Barrera Ardura, secretario general, estimados maestros, Compañeros:

Sea el presente, un mensaje de gratitud a ustedes y de bienvenida a nuestros compañeros de nuevo ingreso.

Si bien es cierto que todas las etapas de la vida son importantes, también lo es que existe una jerarquía natural, que nos hace comprender que la etapa que estamos viviendo mis compañeros y yo, puede ser comparada con la de nuestro propio nacimiento, en el que abandonamos mediante un parto doloroso, la protección tierna y amorosa del vientre de la madre, para enfrentarnos a un mundo cruel, inhóspito y desconocido.

Ese primer grito, que anuncia nuestra vida, es más de lamento que de victoria. Ahora mismo, en plena regresión, sentimos similar angustia, pues el sendero que estamos transitando nos lleva —válgase la metáfora— de la apacible navegación de un río a las implacables olas de un mar proceloso y despiadado.

Como en todos los inicios, apenas vislumbramos la aurora de esa etapa y las brumas de la niebla, nos preocupan y nos inquietan; per-

cibimos los rumores del mar embravecido, sin poder definir, ni sus dimensiones, ni sus riesgos.

De lo navegado en nuestro río, hemos adquirido sabias enseñanzas: el conocimiento de nuestro origen, de nuestra historia, de la conformación de nuestra raza y nuestra sociedad, siempre en proceso, siempre en constante evolución. Pero en todo ello hemos sido espectadores y ahora, en el devenir inmediato, nos toca probarnos a nosotros mismos, ya como protagonistas y actores, probarnos y saber si las enseñanzas y la capacitación adquiridas, nos permitirán sobrevivir en ese océano de aventuras, sorpresas y acechanzas.

Desde nuestra perspectiva, el mundo se convulsa por las secuelas de las guerras fratricidas y la ambición del poder económico, que han destruido las reglas de sobrevivencia; los sentimientos humanos de amor al prójimo y de justicia fueron olvidados por el irrefrenable deseo de sojuzgamiento y represión.

Y en este mundo caótico que avizoramos, México no es la excepción. Pueblo joven, surgido de una mezcla de razas, crisol donde se fundieron sufrimientos ancestrales y férreas esperanzas, conjunción de violencia y anhelos de paz.

Nuestra historia próxima pasada, nos hace sufrir en carne propia la crisis económica que flagela y martiriza a nuestro pueblo, la ausencia de valores morales en el quehacer político, la irrefrenable delincuencia —en todos los niveles— que, en su afán ilegítimo de obtener con engaños o violencia una cosecha que sus manos no sembraron ¡nos enoja y enardece!

La impunidad de que disfrutan y hacen gala los falsos políticos ¡nos rebela y nos indigna! Los crímenes y homicidios que han teñido de sangre y vestido de luto a toda la Nación, el juicio supremo de la historia no los perdonará. Su condena será implacable y permanente y destruirá los logros banales, mezquinos, crueles y breves que los provocaron.

Maestros, sus enseñanzas son nuestra brújula en este océano turbulento y proceloso. Ustedes son nuestros guías y seguirán siéndolo mientras nuestra vida dure y su simiente de moral, orden y justicia,

después de su germinación en nuestras mentes y conciencias, sea transmitida a nuestros hijos, como lo mejor de nuestra herencia.

Queridos maestros: No han sembrado en el desierto, su semilla no fue depositada en el mar. Los que hemos tenido el privilegio de ser sus alumnos, les prometemos, les juramos, aplicar sus enseñanzas de ética y equidad y no escatimar esfuerzos por cristalizar sus sueños de fincar un México nuevo, con estructuras sólidas de respeto a la vida, al patrimonio y a la dignidad del ser humano; un México en el que tenga cabida en sus leyes y ordenamientos, el derecho inalienable de vivir de todos los seres de la creación; un México en el que el orden, en un marco de democracia, sea nuestra meta; un México que por su inquebrantable respeto al mundo, sea respetado por él.

Compañeros todos, los invito a la reflexión, a que juntos diseñemos una estrategia para enfrentar los retos, que sumemos nuestras fuerzas en aras de la paz, la concordia y la justicia; porque a nosotros nos corresponderá en breve, tomar la estafeta, ser protagonistas responsables de nuestro presente y el futuro de nuestros hijos.

Los invito por ello, a enarbolar como emblema de nuestros anhelos: El respeto irrestricto al Derecho, como único camino que nos llevará a la convivencia con los seres humanos, cualquiera que sea su raza o su credo. Respeto a la ley que nos llevará a la armonía con nuestra conciencia.

A mis compañeros de reciente ingreso, en nombre de los alumnos de esta Escuela, les doy la más cordial bienvenida, porque representan el eslabón que dará continuidad a la cadena que nos une y fortalece.

Ustedes son y representan el seguimiento de la lucha permanente del verdadero jurista, en contra del crimen, la violencia, la ambición, la mezquindad, el sojuzgamiento, la represión y la tiranía, que conllevan al aniquilamiento de la dignidad y razón del ser humano.

Inician hoy, compañeros, una empresa que trascenderá incluso sus propias vidas. Nuestra Escuela los ha elegido justamente a ustedes, para revelarles los secretos de su historia. En ella encontrarán: la inspiración, el valor de la Justicia, una decidida rectitud de principios, amor por el estudio del Derecho, la hombría, la lealtad y la razón.

A cambio les requerirá fuerza, valentía, constancia y estudio. Sépanlo desde hoy compañeros, serán incontables las noches en que, abatidos por el agotamiento, deban simplemente redoblar sus esfuerzos; continuar, sin tregua y sin descanso, pero nunca ¡nunca claudicar!

Quienes estén dispuestos a este sacrificio, sean siempre bienvenidos, pues será nuestra Escuela y la vida misma, quienes los premiarán por todas esas noches, en que la luz de sus habitaciones sea solamente sustituida por la del conocimiento que brillará para quedarse por siempre con ustedes.

Entendamos compañeros, entendamos siempre, que no estamos aquí para disfrutar del prestigio de nuestra Escuela —bien merecido, sí— pero no nuestro, sino de nuestros antecesores; estamos aquí para conservarlo, defenderlo y acrecentarlo ¡hasta el último hálito de nuestras vidas!

Compañeros, cada generación que ha transitado y se ha nutrido en estas aulas del saber, es un eslabón que ha cumplido y sigue cumpliendo su cometido en las diversas áreas en que labora y una gran parte de ellas, comprometidas con su vocación docente, nos entregan día con día su cuota de vida, que es lo máspreciado del hombre.

Nos ceden, nos donan sus horas de estudio y enclaustramiento. Nos dan en sus enseñanzas la sabiduría que han acumulado, pagando un alto precio de comodidad y descanso.

Ninguno de nosotros podrá pagar jamás, las horas que generosamente invierten en la indeleble huella de sus libros —testimonios fehacientes de su deseo por perfeccionarnos—, aun después de muertos; testimonios irrefutables —dije— de querer dar continuidad al manantial de sabiduría y conocimientos con que nos alimentan en las aulas cada día.

Rindamos honores a estos seres —vivos o ausentes— que aún en el epitafio de sus sepulcros, nos dejan como legado su ejemplo y su recuerdo.

Como portavoz de los alumnos y sumado a la bienvenida, los invito a bregar, a luchar denodadamente por ser dignos depositarios de la estafeta que nos transmiten nuestros maestros, esos seres que han sido

y son permanentes y auténticos hacedores materiales, artífices espirituales e intelectuales ¡de la Escuela más digna e inmaculada de nuestro México!, a la que deseo fervientemente le rindamos pleitesia con la solemne promesa —que exaltemos de pie y con un aplauso— de ser ¡dignos hijos de nuestra *alma mater*, seminario de abogados comprometidos con la excelencia, la justicia, la paz y México!

¡A la Escuela Libre de Derecho!

México, D. F., a 26 de agosto de 1996.